

¡JOSÉ MANTEROLA!



Euskerarekiñ ere
Lurra da pisuá,
¡Animak billatzendu
Zuk dezun Zerua!

ANTONIO ARZÁC.

CARTA LINGUISTICA.



Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 14 de Febrero de 1886.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: Para la mejor inteligencia de la materia de que nos hemos de ocupar en el presente remitido, nos es preciso recordar á los lectores algunas de las muchas análisis que hemos practicado sobre las raíces generadoras *i*, *a*, que, segun dijimos en su lugar, han sido á la palabra hablada lo que la célula organizada ha sido á todo tejido vivo.

En efecto, en dichas análisis hemos probado, entre otras cosas, que la raíz *i*, primera de las citadas ha sido la nota ó acento natural del temor, como ha sido tambien el grito inconsciente é instintivo que profirió el hombre al sentir la presencia de Dios, cuya grandeza no puede contemplarse sin llenarse de miedo, al paso que su compañera la raíz *a*, ha sido la nota ó el acento natural de la alegría, de suyo expansiva, y siempre provocada por la posesion real ó ideal de un bien moral, material ó intelectual, y siendo la creacion el primero

CARTA LINGUISTICA.



Eibar 20 de Abril de 1886.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: En los últimos remitidos hemos concluido por demostrar que la palabra humana, encarnacion de la idea en el grito de la sensacion é imágen fiel de nuestra propia persona, nació en la interjeccion-idea *i*, signo de Dios, para vivir en la interjeccion-sensacion *a*, signo de la naturaleza; como el hombre que siendo á su vez la encarnacion de un alma ideal en un organismo sensible, nació tambien en Dios para vivir en la naturaleza. Réstanos, pues, probar, que así como nuestro organismo se nutre y alimenta de las materias que le suministra el mundo exterior que le rodea, y el alma racional de las sensaciones que recibe de aquel mundo, así tambien la palabra humana se nutrirá y alimentará á su vez de los gritos expresivos de aquellas sensaciones, ó sea de nuestras propias interjecciones. Entremos, pues, en materia.

La interjeccion *o* es la exclamacion natural y el grito inconsciente que sale del pecho del hombre á la vista de todo lo que es grandioso, alto, excelso, maravilloso, y estas cualidades las vemos reunidas en una de aquellas altas montañas que son verdaderos prodigios de la naturaleza creada. Supongamos, pues, que nuestro antecesor primero, sorprendido y lleno de asombro al encontrarse con una de aquellas maravillas naturales, exhaló de su pecho inconsciente é instintivamente aquel grito *o*, expresion fiel de la impresion que recibiera. ¿De qué modo, preguntaremos nosotros, aquella interjeccion se convirtió en el nombre de la montaña vista, puesto que este hecho tuvo lugar,

segun puede comprobarse en las obras de Astarloa, de Erro, y en nuestras etimologías basco-latinas publicadas en esta misma Revista?

Si interrogamos sobre este particular á los filólogos que se ocupan de los orígenes del lenguaje, los más sábios y mejor informados nos dirán que dicho grito se transformó en la palabra hablada, cuando el hombre le hubo reproducido y repetido con la intencion deliberada de designar con él la montaña vista, y cuando al hacerlo así, fué comprendido de su compañero. Mas al explicarse de este modo, no han tenido presente, decimos nosotros, que dicha interjeccion, expresion de una impresion orgánica, es semejante, bajo este concepto, al grito de alarma que da, por ejemplo, el animal á la vista del peligro, y que así como este perderia su natural valor sin adquirir otro ninguno, si fuera repetido en todos los momentos y bajo cualquier pretexto, así tambien aquella perderia el suyo sin adquirir otro ninguno de ser repetido de igual modo. En una palabra, la interjeccion, y quede esto bien consignado, ha de ser tal, ó no ha de tener valor ninguno, en lingüística, hasta tanto, por lo ménos, que no esté animado de una idea, no importa cuál, pero que ha de tener su signo en la lengua, puesto que no ha cruzado una sola por la mente del hombre, que este no le haya expresado por medio de su palabra. ¿Cuál ha sido, pues, aquel signo, y cuál la idea que le vivificó?

Tal es la pregunta que debe dirigirse todo el que pretenda sorprender el secreto de la palabra humana, y puesta la cuestion en este terreno, el solo razonable y el solo científico, nos atrevemos á decir á quien quiera escucharnos, que no dará un solo paso de provecho en sus investigaciones, si no conviene con nosotros: 1.º en que el nombre (pues que tratamos de él) es la afirmacion de la existencia de la cosa nombrada (por eso se convierte en el verbo, que es la afirmacion de la existencia en el tiempo); 2.º que esta afirmacion no será dado hacerla al hombre, si no posee el conocimiento de Dios, causa y razon de todo lo existente, principio y sujeto de todas las cosas, ni será dado tampoco hacerlo á la lengua, sino á favor del signo indicador de aquel principio, que ha sido, segun hemos demostrado en otra ocasion, aquella misteriosa *i* característica de toda palabra, sujeto y esencia de todo nombre, nota de toda existencia, y por último, el artículo indefinido de nuestra misteriosa é interesante lengua. Este signo *i*, ó mejor dicho, la idea en él contenida, ha sido, pues, el que ha vivificado

el grito *o*, infundiendo en él la idea de la existencia *conditio sine qua non* de todo nombre. Veamos, pues, cómo.

El hombre, donde quiera que se le considere, lo mismo en los países más civilizados, que en los que se hallan más atrasados, tiene la noción, más ó ménos clara, de un principio superior y anterior á la cosa, presente en ella, pero, sin embargo, diferente de la misma, misterioso ser por cuya virtualidad son las cosas como son, y viven los seres como viven, alma de los mundos y esencia de las cosas, vivificador de la naturaleza, y por último, el creador de aquella montaña de cuyo nombre nos ocupamos.

En virtud, pues, de esta idea, que ninguna otra criatura posee, comprende el hombre que las cualidades que han provocado en su pecho aquel grito *o*, si bien han sido percibidas en la montaña, no pertenecen, sin embargo, á la misma, sino á Dios, de quien aquella las ha recibido, y que es en último término el solo sujeto generador de aquella sensación. En su consecuencia, la idea de esta sensación se unirá y fundirá con la del sujeto generador, de tal modo que no le será dado recordar una sola vez la impresión recibida y su grito *o* sin recordar á vez la idea de Dios y su grito *i*, de manera que estos dos signos se unirán y enlazarán á su vez, como se unieron y enlazaron las ideas nacidas de las sensaciones que les dieron origen, y de este enlace natural, lógico, necesario, nacerá la voz *oi*, en la cual la *i* será el sujeto y la idea de la palabra, o el atributo y el concepto de aquella idea, la primera la característica de la palabra, la segunda la característica de la montaña, y ambas reunidas el nombre de esta última. En esta explicación se ve claramente que si suprimimos con la *i* el sujeto de la sensación y la idea que anima y vivifica la montaña, en este caso el atributo *o* dejará de ser la característica de la montaña para transformarse en la característica de una sensación, que distará tanto del nombre de la montaña, como el grito de alarma del animal dista del nombre del agente que lo ha provocado.

Mas tambien se ve que al par que el alma racional se ha asimilado por medio de su organismo la sensación nacida en el mundo que le rodea (la montaña) para convertirla en su propia sustancia (la idea inmaterial), la lengua, á su vez, se ha asimilado por medio del signo *i*, organismo de su palabra, el grito *o* nacido de aquella sensación, para convertirlo en su misma sustancia (la palabra), de modo que entre el signo y el signado, y la palabra y la idea exista el lazo mismo que la

naturaleza ha establecido entre la sensacion y su grito, pero cuyo secreto solo puede revelarnos aquella misteriosa *i*, interjeccion nacida de una idea. Podemos, pues, decir, con toda verdad, que en los gritos que provocan en nuestro pecho las cosas, seres y objetos, y en el conocimiento que de su existencia nos ha dado Dios, hános dado tambien los nombres de los mismos.

Ahora bien; siendo Dios un principio abstracto en quien las cualidades y el sujeto se comprenden y son una misma y una sola cosa, y siendo además indefinido é indeterminado, *oi* será un nombre subjetivo é indeterminado, y carecerá de plural, porque Dios será la unidad, y esta en el bascuence, padre de las lenguas, se ha llamado *i*. Véase la numeracion euskara por Astarloa y la voz *ama-i-ka* (diez uno.)

Siendo Dios, además, un principio incomprensible, que para ser conocido tuvo que revelarse en la naturaleza sensible, cuyo signo en la lengua es *a*, se comprende que *oi* á su vez tuvo que revelarse y nacer en *oi-a*, nombre objetivo en quien aquel se completa como Dios para el hombre se completa en la creacion. Luego *oi*, *oi-a* se unen y completan para darnos la nocion de la montaña, como las ideas alma y cuerpo se unen y completan, á su vez, para darnos la nocion de nuestra persona, y así como no tendríamos idea cabal del hombre, si desconociéramos cualquiera de aquellos dos factores, así tampoco tendríamos idea cabal de las cosas, si desconociéramos cualquiera de sus dos naturalezas.

Segun esto, las cosas originariamente han tenido dos nombres, como tienen dos naturalezas, uno primero y subjetivo, que hace relacion al ser en sí, esto es, á lo que hay en él de esencial y divino en cuanto ha sido creado; otro segundo y objetivo, que hace relacion al ser en la vida, esto es, en las diversas manifestaciones de su existencia, y estos dos nombres, sin los cuales no tendríamos una nocion completa de las cosas, contienen en su misterioso dualismo la razon filológica de aquellas divisiones que se perpetúan en la vida de las lenguas bajo los nombres de sustantivos y adjetivos, propios y apelativos, cardinales y ordinales, activos y pasivos, indefinidos y definidos, todos los cuales traen sus principios orígenes de aquellas dos misteriosas raíces *i* (Dios) é *ia* (Dios de la creacion) que solo pueden ser conocidas en esta nuestra vetusta pero venerable lengua. En resumen; *oi*, nombre subjetivo, hace relacion á las leyes que Dios ha dictado á la existencia de la montaña: *oi-a*, nombre objetivo, á la revelacion de estas leyes en la naturaleza sensible.

Ahora bien; como esta naturaleza tiene formas definidas y determinadas, con una posición conocida y definida también, *oi-a*, nombre objetivo, será también definido y estará dotado de plural, porque los entes y objetos sensibles se diversifican al multiplicarse, y como esta multiplicación ó pluralización, es una verdadera reproducción, el signo elegido por la lengua para indicar el plural, será aquella misteriosa *e*, radical de la voz *e-mi* (hembra), instrumento de la reproducción en la naturaleza creada, y la característica del plural de nuestra declinación.

Otro día continuaremos esta materia, poniendo nuevos ejemplos de otros nombres, mas, entre tanto, reparen los lectores que nosotros no inventamos supuestos hechos é imaginarios para acomodarlos á un plan preconcebido, cual si se tratara de un nuevo volapuk; por el contrario, léjos de eso, hemos establecido principios y fijado reglas para explicar por su medio hechos que tienen su realidad en la gramática euskara, como puede comprobarlo cualquiera que sepa leerla con algún sentido.

Concluyo saludando á V. muy cordialmente, y repitiéndome, como siempre, su afmo. amigo y S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUIASOLA.

NOTAS.—La voz *oi*, con el signado dicho, entra en la composición de muchos de nuestros nombres toponimicos. *Oi-an-guren*, compuesto de *oi*, altura, *an*, equivalente al *in* latino, y al *en* castellano, nacidos de aquel, y *guren*, en lo último, significa en lo último de las alturas. *Oi-ar-zun*, compuesto de *oi* (id.), de *ar* (bravío), y *zun* (valle), significa valle entre alturas bravías. *Oi-za-eta*, *Oi-z-eta* y *O-z-eta*, compuesto de *oi* (id.), *za*, radical de *zakon* (hondonada), *za-ko* (saco), etc., y de la partícula locativa *eta* de plural, significa altura entre hondonadas. *Oi-eta*, *O-eta*, las alturas. *Oi* se unió con la encomiástica *g*, y nació el actual *goi*.

El indefinido euskaro carece de plural, como se ve en los ejemplos siguientes: *gizon bat* (hombre uno), *gizon bi* (hombre dos), *milla gizon* (mil hombre), etc., y así sucesivamente, sin que *gizon* admita plural, y por eso se conjuga como el nombre propio, diciendo *gizon*, *gizonek*, *gizonen*, *gizoni*, como *Martin*, *Martinek*, *Martinen*, *Martini*.

La débil y suave *e* es el acento natural de la mujer, y ha sido su nombre primero en la lengua, como la robusta y varonil *a* es el acento natural del hombre, y su nombre primero: la recién nacida llora en *e*, nos lo dijo Astarloa muy oportunamente, el recién nacido en *a*; la mujer, añadimos nosotros, grita y canta en *e*, con relación al hombre que grita y canta en *a*. Mas tarde *e* pasó á significar la hembra, la *a* el macho, y cuando la lengua hubo adquirido una estructura más sólida, con formas más acabadas, uniósse á la primera el calificativo *mi* (débil, flaco), y nació entónces la actual *e-mi* (hembra), lit. mujer flaca: á la segunda uniósse á su vez el calificativo *arr*, (fuerte, bravío, varonil), y nació entónces el actual *aarr*, pronunciado *arr* (macho), lit. hombre varonil. Repárese en los nombres bíblicos *A-dan* y *E-va*, y nótese que esta última entra en la composición del nombre *arr-Eva* con que designamos la hermana del hermano, esto es, del varon (*arr*), como *aiz-pa* es la hermana de su hermana. Así, pues, *Eva*, que un día designó á la mujer en el bascuence, significa hoy córte, y alude sin duda, á la fragilidad de la mujer. Así lo dice Erro, que siguió la buena escuela de Astarloa.



CARTA LINGÜÍSTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 25 de Junio de 1886.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: ántes de proseguir el curso de nuestras análisis creemos conveniente hacer una excursion por el campo gramatical, á fin de reponer á la característica de plural *e* en la posesion de las funciones que le señalara el inolvidable Astarloa, y de las cuales ha sido posteriormente privada por motivos de que nos harémos cargo en el presente remitido, para probar á los filólogos que sus divergencias sobre este punto concreto de nuestra gramática, no tienen razon de ser, desde el momento en que siguiendo las huellas del sabio bizcaino hemos logrado reconstruir el signado primitivo de aquella onomatopeya *e*. Entremos, pues, en materia.

Es á todos notorio que el sugeto paciente de singular de nuestro nombre definido *gizona* (el hombre) y el agente tambien de singular del mismo *gizonak* (el hombre) tienen el plural comun *gizonak* (los hombres) en el cual se advierte que la primitiva *e* ha sido sustituida en sus funciones por la consonante *k*.

Pues bien; esta sustitucion no explicada hasta la fecha, ha hecho creer á los filólogos que la *k* es el signo del plural euskaro, induciéndoles á pensar así el hecho por otra parte cierto de que en las lenguas literarias mejor conocidas, el sujeto invariable en los diversos casos de la declinacion, es en efecto el que recibe el signo de pluralidad. El razonamiento en que se han apoyado para ello puede condensarse en el siguiente enunciado: la voz castellana *hombre* al transformarse en *hombre-s* ha recibido una *s* que es el signo del plural de aquella lengua, como la voz euskara *gizona* (el hombre) al pluralizar en la forma *gizonak* ha recibido una *k*; luego (se ha añadido) esta consonante *k* es el signo del plural euskaro como la *s* lo es del castellano: *post hoc ergo propter hoc*.

Mas es el caso que al razonar de este modo, no se han fijado bien en que las características de los casos ó relaciones del nombre en el bascuence, son otros tantos subfijos que al unirse con aquel cambian y modifican su estructura orgánica, al paso que estas mismas características en las lenguas modernas son otras tantas voces sueltas que con los nombres de artículos y preposiciones se anteponen al nombre, que por esta razon permanece inalterable. Pongamos un ejemplo. El castellano dice *hombre, el hombre, del hombre, á ó para el hombre* sin que la voz *hombre* cambie, no obstante las modificaciones que sufre su signado, al paso que estas mismas frases se vierten al bascuence por sus correspondientes *gizon, gizona, gizonak, gizonan, gizonari*, en las cuales se ve que la estructura de la voz *gizon* se modifica y cambia, al par que cambian las relaciones ó el estado de su signado.

Si, pues, se hubiera tenido más presente esta construccion bien conocida, como la tuvo nuestro insigne Astarloa, hubieran advertido que todos los demas casos, excepcion hecha del sugeto agente y paciente pluralizan por medio de la *e*.

En efecto, el genitivo poseedor *gizonan* (del hombre) tiene su plural *gizonEn* (de los hombres), el dativo recipiente *gizonari* (á ó para el hombre) *gizonEri* (á ó para los hombres), el instrumental *gizonagaz* ó *gizonakin* (con el hombre) *gizonEgan* ó *gizonEkin* (con los hombres), el adverbial *gizona-gana* (sobre el hombre) *gizonEgana* (sobre los hombres), &.^a, en todos los cuales se ve que la *a* del singular cambia en la *e* del plural.

Pero hay más aun: el sugeto mismo, y repárese bien en lo que decimos, no obstante la anomalía arriba citada, se pluraliza en nuestros verbos por medio de la misma característica *e*. Pongamos *ej.*—*Dau* sing. (ÉL lo ha) *daubE* ó *dabE* pl. (ELLOS lo han; eban sing. (ÉL lo habia) *ebEn* pl. (ELLOS lo habian): *Dauka* sing. (ÉL lo tiene) *dau-kE* pl. (ellos lo tienen): *eukan* sing. (ÉL lo tenia) *eukEn* pl. (ELLOS lo tenian): *Deusta* sing. (ÉL le ha) *deustÉ* pl. (ELLOS lo han): *eutsan* sing. (ÉL le habia) *eustEn* pl. (ELLOS le habian): *Deusta* sing. (ÉL me ha) *deustE* pl. (ELLOS me han): *eustan* sing. (ÉL me habia) *eustEn* pl. (ELLOS me habian), etc. etc. Luego es evidente de toda evidencia que la *e* es el signo del plural euskaro, y al asegurarlo así nuestro gran filólogo Astarloa, sabia muy bien lo que se decia, y han errado cuantos se han apartado de este maestro, como han errado al abandonar aquella sencilla clasificacion de relaciones primarias y relaciones secundarias que tanto simplifica el estudio de nuestra declinacion.

¿Cuál ha sido, pues, nos preguntaran, la causa que ha motivado la anomalía de que hemos hablado más arriba? Nada más fácil de adivinar si en ello se para la atención, y se tienen presentes las leyes fonéticas del bascuence, explicadas por el distinguido euskarólogo nuestro paisano Campion, y si sobre todo se tienen presentes los cambios que acarrea el juego de las vocales.

En efecto, siendo la vocal *a* (signo de la naturaleza sensible) la característica de nuestro nombre definido y su letra terminal, y la vocal *e* nombre de la mujer-hembra, símbolo de la reproducción, la característica de plural que debe unirse á la primera, resulta que la forma primitiva del plural euskaro ha sido el diptongo *ae* que debía desaparecer si se habían de cumplir y realizar las leyes fonéticas de nuestra lengua. Luego según esto, el plural primitivo en las voces arriba citadas ha sido, sin que pueda caber duda ninguna sobre el particular, *gizon-a-e* para el sugeto paciente, *gizonaek* para el agente, *gizona-en* para el genitivo posesor y *gizonaeri* para el dativo recipiente, etc.

Ahora bien; los dos últimos se transformaron en *gizon-En* y *gizona*; por supresión del diptongo *ae* con elisión de la *u*, y se distinguen perfectamente del singular *gizonan* y *gizonari*; mas en el agente *gizonaek* no se pudo eliminar la vocal *a*, pues en este caso se hubiera transformado en *gizonek* que se confunde con el agente de singular del indefinido, (véase la gramática de Campion) y la lengua no podía atender contra aquella clasificación fundamental de indefinidos y definidos que la había vivificado, y sin la cual no hubiera podido nacer á la vida. Por esta razón eliminó la *e* y en su consecuencia *gizon-a-e-k* convirtiéndose en *gizon-ak*, que también se confunde con el agente de singular del mismo definido, por un defecto inherente á nuestra lengua, pero poco perceptible, puesto que el verbo se encarga de suplir esta deficiencia, según hemos visto más arriba. (Nota 1.^a) Respecto del paciente *gizonae* se comprende que no podía ser objeto de las mismas elisiones, puesto que si se elimina la *e*, queda *gizona*, y dicho paciente hubiera carecido de plural, lo mismo que el agente; si por el contrario se elimina *a*, queda *gizone*, que es insostenible, entre otras razones, porque en virtud de aquellas leyes de regresión que se realizan en las lenguas lo mismo que en la naturaleza, la mayoría de nuestras voces definidas terminan en *ia*, que es el artículo definido íntegro de nuestra declinación primitiva, de lo cual hemos tratado en otro lugar.

Para vencer, pues, estos obstáculos sin alargar la dicción de un

modo enojoso, el bascuence se vió obligado á reforzar la débil y fugaz vocal *e* con la fuerte y robusta *k*; mas esta eleccion no fué ni el fruto de una convencion imposible de establecer, ni tampoco el resultado de caprichosa casualidad, porque esta, dígase lo que se quiera, nada ha engendrado en las lenguas. Lejos de eso, la *k* signo de sugeto agente y como tal, el símbolo tambien de toda fuerza, de todo principio activo, unida á la *e* nombre de la mujer-hembra, principio pasivo dentro de la entidad humana, y el símbolo tambien de la reproduccion, nos indica claramente que en el pensamiento de la lengua, lo mismo que en las inmutables leyes de nuestra lógica, toda pluralizacion ó reproduccion se efectúa por el concurso de los dos principios activo y pasivo, que cooperan á la misteriosa obra de la generacion en la naturaleza creada. Tal es el sentido que tiene la *k*, nota accionaria, unida á la *e* signo de plural.

Los que no quieran dar crédito á nuestras palabras, reparen, sin embargo, que esta fuerte y robusta *k*, expresion de toda accion, de toda energía, y símbolo de la fortaleza del varon, es el pronombreafijo del varon de nuestros verbos masculinos, al paso que la suave y delicada *n* tomada de las primeras articulaciones de la tierna criatura, es el pronombre afijo de la mujer en nuestros verbos femeninos. Por esta razon, hombres y mujeres indistintamente decimos *entzui-k artui-k* (oye, toma) cuando nos dirigimos á varon, al paso que decimos *entzui-n, artui-n*, cuando nos dirigimos á mujer ó niña.

Coincidencia singular esta de que vamos á hablar, pero que careceria de todo valor si nuestra lengua, con su incomparable sencillez; su mucha pureza y sus formas arcaicas no hubiera venido á revelarnos, merced a las análisis del desdeñado Astarloa, que las letras del alfabeto humano son notas arrancadas al pecho del hombre por las impresiones que recibe del mundo exterior que le rodea, primeras onomatopeyas sobre las cuales habia de fundar más tarde el maravilloso edificio de su palabra. El Profesor Vinson, en su obra *Lingüística y Etnografía*, dice, en efecto, lo siguiente: «las lenguas americanas tienen verbos alocutivos, esto es, masculinos y femeninos lo mismo que el bascuence, y los Iroqueses, entre otros, se sirven de la *k* cuando se dirigen á los hombres, y de la *n* cuando se dirigen á las mujeres;» esto es, aquellos pueblos hoy salvajes hacen de dichos pronombres afijos el mismo uso que hacemos nosotros. Ante estos hechos y otros de que aún hablarémos, sobran los comentarios. En resúmen; la *k*

unióse á la *e* y en su consecuencia, *gizonak* convirtióse en *gizonaek* para pasar luego por las mismas transformaciones morfológicas que el sugeto agente: de aquí nació su plural comun *gizonak*.

Para disipar toda duda sobre este punto concreto, fijese el lector en los pronombres de tercera persona, que son *a* para el paciente, y *ak* para el agente; la forma primitiva de plural de estos pronombres, (que, sea dicho de paso, son el nombre definido de la persona), es, segun la regla citada, *ae* para el primero y *aek* para el segundo, y por la adición de la *k* al paciente, *aek* para ambos. Pues bien; como la eliminación de vocales no era posible en este monosílabo, la lengua adoptó otro temperamento para evitar el hiato, interponiendo al efecto entre ambas vocales la consonante de ligadura *r*, que tan alto papel desempeña en nuestra lengua con este carácter: de aquí nació su plural comun *arek*, hoy en uso, y en el cual se ve claramente la *k*, signo agente de la reproducción unida á la *e*, instrumento de la misma.

Hemos concluido la demostracion prometida, mas, puesto que hemos tocado este punto, no podemos menos de decir á los lectores que el bascuence tiene además en sus verbos otros dos signos de pluralidad, que tampoco han sido definidos y clasificados, y estos dos signos, *i*, *z*, corresponden á las personas pacientes y á las recipientes, como puede verse en los ejemplos siguientes: *deutsa* (él *le* ha); *deutsa-z* (él *les* ha); pl. *Deuts E* (ellos *le* han), *deuts-EZ* (ellos *les* han): aquí se ve claramente que la *z* pluraliza el dativo recipiente ó complemento indirecto *le*, al paso que la *e* pluraliza el sugeto ó nominativo *él*.

Pongamos otro ejemplo: *Dau* (él ha); *dltu* (él *los* ha); pl. *Dab-E* (ellos *lo* han); *dltu-E* (ellos *los* han): aquí se ve que la misma *e* pluraliza siempre el sugeto ó nominativo *él*, mas la *i* pluraliza el paciente ó acusativo *lo*. Por esta razon, y no por otro motivo, esta *i* llegó á sustituir la primitiva *e* en nuestro auxiliar pasivo y decimos: *Da* (él es) *dira* (ellos son); *zan* (él era); *zIran* (ellos eran), en lugar de *dir-E* ó *diri-E*; *zirEn* ó *zirEn*, que apenas se usan más que en localidades muy limitadas y raras, y aun en estas creo que lo hacen por un abuso de lenguaje, puesto que la partícula *an* es la característica de nuestro pretérito imperfecto.

Ahora bien: ninguno de estos detalles carece de interés, cuando se trata de la lengua que ha sido la madre de las que hablan los pueblos civilizados. En efecto; *e*, *i*, *z=s*, son los signos del plural de la lengua latina: la *e* de su primera declinacion y de los adjetivos femeni-

nos sing. *musabona*; pl. *mus-ae bon-ae*; la *i* de la segunda y de los adjetivos masculinos: *Dominu-s* primitivamente *Dominus-bonus*, pl. *DominuI bonuI*; la *s=z* de la tercera declinacion, etc.—*homo* pl. *homines*. ¿De quién tomó, pues, aquella lengua estos signos euskaros? Sus hijas pluralizan con la *s=z*, y el inglés adoptó este signo latino importado por los Normandos, mas el viejo anglo-sajon pluralizaba con la *e* como lo demuestra *man* (hombre) y *mEn* (hombres), y pregunto yo ¿de quién tomó aquella vieja lengua el signo de plural euskaros? El Aleman á su vez pluraliza con la misma *e*, y este y el anterior heredaron este signo de su comun antecesor el viejo gótico ó indo-germánico, hermano del latin, é hijo este del bascuence. ¿De dónde, pues, tomaron así los unos como los otros aquella característica nuestra? El Mandjour dice *AmA* (padre), *EmE* (madre), *AmkhA* (suegro), *EmkhE* (suegra), *gAghA* (macho), *gEghE* (hembra), *gagAn* (resuelto y atrevido), y *gEgEn* (irresoluto, débil), y no es preciso ser muy lince para conocer que en estas expresiones la *a*, grito natural del hombre-varon y su nombre primitivo en la lengua, hace referencia al varon, al paso que la *e*, grito natural de la mujer y su nombre primitivo, hace referencia á la mujer, exactamente lo mismo que en nuestras voces *a-arr* y *emi*, más gráficas, más expresivas y arcaicas que aquellas. ¿Quién enseñó, pues, á aquella lengua Turaniense hablada por una raza tan diferente de la nuestra, el valor fisiológico orgánico de aquellos gritos naturales?

El Magiar dice *atya* (padre), *atyak* (los padres), como el bascuence dice *aita* (padre) y *aita-k* (los padres). El Soumi y el Estoniano *karhu* (el oso), *karhu-t* (los osos), y Charencey, de quien tomo estas notas, dice que varios idiomas Fineses solo usan del signo *t* en el plural de los nominativos, y que en los demás casos pluralizan por medio de la *i*, exactamente lo mismo que nosotros, y añade que dichas *t é i* turanienses son análogas y tienen indudables relaciones con la *k* y la *e* nuestras, esto es, que *t=k* y *e=i*. Ahora bien: ¿quién ha enseñado á estas lenguas el valor de la fuerte y robusta *k*, pronombre afijo del varon en nuestros verbos, y signo de sugeto agente ó del principio activo de la reproduccion ó pluralizacion? (¿Quién ha enseñado el valor de *e*, nombre de la hembra, instrumento de reproduccion y signo de pluralizacion de nuestros nombres?)

Aquilaten los filólogos el valor de estas casualidades mientras nos preparamos á darles nuevas y mayores sorpresas, y entre tanto, dán-

dole á V. las más expresivas gracias por la insercion de este largo y enojoso artículo, se repite de V. cual siempre su afmo. y S. S. Q. S. M. B.

OSÉ DE GUIASOLA.

NOTA 1.^a El plural *gizonek* de los franceses se debe, pues, á la permutacion simple de la *a* de *gizonak*, su forma lógica, en *e*, y ha sido motivada sin género de duda por la influencia que ejerce sobre nuestros vecinos el génio de su lengua nacional, que tambien cambia en *e* muda, las palabras latinas acabadas en *a*, diciendo *inertie*, *ineptie*, en lugar de *inercia*, *inepcia*, etc. Lo cierto es que *gizonek* en lugar de *gizonak* ataca la clasificacion más fundamental de la lengua, y bueno es tener presente este hecho para cerciorarnos, contra la opinion de muchos, de que dichos dialectos más que los nuestros han perdido su primitiva pureza por la influencia que ejerce en ellos el elemento cèltico, diferente del ibero nuestro antepasado.

NOTA 2.^a *K* es la exclamacion que sale del pecho del hombre en los ejercicios violentos, y puede sorprenderse fácilmente en los leñadores, etc. Por esta razon ha llegado á ser la nota accionaria y el signo de sugeto agente de todas nuestras oraciones activas: con este signado ha formado las voces *katu*, *katu a* (gato) y su equivalente latina *catus*, nombre muy propio aplicado á aquel animal de presa; *kako* *kako a* (garfio, gancho, y el mitológico ladrón *Caco*; *kate*, *kati-a* (la cadena), y la latina *catena*; euskara *katigatu* (encadenar) la latina *capere*, etc.; mas como esta interjeccion se produce tambien en el desempeño de una funcion fisiológica que no es permitido nombrar, y de ella se sirven las madres para enseñar á las criaturas á ejecutar aquel acto fuera de sus pañales, poniéndoles en vasijas adecuadas y repitiéndoles el *k*, *k*, *k*: esta consonante ha servido en el latin y el bascuence para designar cosas que indican ó recuerdan el desprecio, disgusto ó carencia: tales son *kendu*, *kerizi-a*, *kei-a*, *kakatsu a*, quitar, canalla, ca-reo, es, ere, latinas etc.





CARTA LINGÜÍSTICA.



Eibar 7 de Octubre de 1886.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: Así como las interjecciones reproducidas consciente y deliberadamente se transformaron en los nombres de los objetos que las habian provocado, para que la palabra naciera á la vida, (véanse nuestros remitidos anteriores), así tambien los gritos de los animales y los multiplicados ruidos de la naturaleza, reproducidos de igual modo, se transformaron á su vez los primeros en los nombres de los animales que los habian dado, y los segundos en los de los objetos en que se habian producido, para que la palabra nacida pudiera vivir, desarrollarse y crecer, hasta cumplir los destinos que la Providencia le tiene de antemano señalados. Citemos ejemplos.

Chio es la nota radical del canto del pájaro, y este grito, reproducido por el hombre, transformóse en el nombre de aquel animal que en efecto se llama *Chori* (pájaro). *Ku ku* es el canto del cuclillo, y este grito, reproducido de igual modo, transformóse á su vez en el nombre de aquel pájaro, que en efecto se llama *Kuku* (cuclillo). *Zo*,

zo, zo, es el grito de alarma que da el tordo siempre que es sorprendido, y Zozo (tordo). *Ep, ep, ep*, es el canto imitado de la perdiz, y *Eper* (perdiz). *Chepech, chepech*, el de una especie de pájaro mosca que abunda mucho en el país, y *Chepech* su nombre. *Chan, chan*, el del pájaro llamado amoreta, y *Chanchangorri* (amoreta ó papirrojo). *Oki, ki, ki, ki, ki*, el del picamaderos ó picaposte, y *Okill* (picaposte). *Gua, gua*, el graznido del cuervo, y *Guala*, eufonizado *Bela* (cuervo), *Ulu, ulu*, el del mochuelo, y *mozulu* eufonizado *mozolu* (mochuelo). *Chit, el* del polluelo, y *Chittoa* (polluelo). *Chirr, chirr*, el del grillo, y *chirchill* (grillo). *Su, su, su*, el que produce la llama al inflamarse, y *su* (fuego). *Gar, gar*, el que produce la misma llama al atacar el combustible, *gar* (llama). *Dar, dar*, el que se oye en las violentas trepidaciones de las masas, y *dardar* (trepidacion). *Zart*, el que producen los cuerpos al agrietarse, y *zartadi* (grieta), *zartatu* (agrietarse). *Chiüst, is, isí, s*, la interjeccion natural con que se impone el silencio por el hombre de todas la razas y de todos los países, é *isill* (silencio). *Púf, súf*, la interjeccion ó el sonido imitativo del sopro, y *putz* (soplo). *Zu*, el que se produce al sorber, y *Zurrut* (sorber). *Tan, tan*, el que produce la gota de agua al quebrantarse en el suelo, y *tantoa* (gota). *Ulu*, el del grito lastimero ó gemido, y *ulu* (gemido). Hagamos punto para dirigir ciertas preguntas.

¿Se han imaginado los filólogos que el humilde y oscuro vocablo euskaro tantan haya dado origen á las voces latinas *tam, tantum, tamen*, á la castellana *tanto*, etc.? ¿Se han imaginado que la radical *per* de la voz tambien latina *perdix* (perdiz) no es más que la euskara *eper* que ha perdido en aquella lengua su *e* inicial y que así la una como la otra derivan de la partícula *ep*, radical del canto *ep, ep, ep*, de la perdiz? ¿Se han imaginado que las voces *eper, perdix* tan diferentes por su estructura de la sanscrita *titiri*, reconocen, sin embargo, el mismo origen, y han sido tomadas, así las unas como la otra, del canto de aquella ave? ¿Hubieran creído que la radical *sil*, del verbo *sileo*, no es más que la voz euskara *isill*, que ha perdido en aquella lengua su *i* inicial, y que así la una como la otra no son sino la onomatopeya del silencio? ¿Creerian que la voz latina *focus* y sus hermanas y derivadas *flamma, fragor*, etc., así como sus correspondientes castellanas fuego, llama, etc., no son en sus raíces sino simples cambios fonéticos de la onomatopeya euskara del fuego *su*? ¿Podrán relacionar esta voz euskara *su* (llama) con su derivada *zu-ri* (blanco), lo que es-

clarece el horizonte, y el verbo latino *su-adeo* (persuadir), lo que esclarece la inteligencia? La llama que se sobrepone al fuego y asciende en la atmósfera hasta perderse ¿no tiene relaciones fáciles de apreciar con sus derivadas las euskaras *zuzen* (tieso), *zuzen-du* (erguirse), *zutindu* (levantarse), las latinas *super*, supra, las castellanas *sobre*, *subir*, las francesas *su*, *sur*, etc.? La onomatopeya del verbo *zu*, ¿no tiene relacion ninguna con sus derivadas las euskaras *zurrut* (sorber, englutir), *zuloa* (el agujero ó sima en que desaparece lo sorbido, en toponimia hondonada), *sugia* (culebra), animal que vive en agujeros, la voz latina *sub*, y sus similares y derivadas la castellana *so* (debajo), las francesas *sous*, *dessous*, etc.? ¿Nos hubieran explicado estas contradicciones en voces de la misma estructura, pero de orígenes tan diferentes? Pues qué, ¿no hay enlace ninguno entre la onomatopeya euskara *putz* (el soplo), *qui sent mauvais* y la voz latina *pus*, *uris*, (pus, materia, putridez?) ¿No le hay entre esta onomatopeya *puz*, *fuz*, y el verbo *flo*, *as*, *are* (soplar?) ¿No le hay igualmente entre el euskaro *uluak ulu* (gemido), y el *ululo* latino?

Mas dejemos á un lado estas preguntas para acordarnos del objeto primordial del presente remitido, que no es otro que el de comprobar los extremos que abraza la proposicion que hemos formulado arriba, a fin de fijar los principios que informan la vida del lenguaje y su completa conformidad con las análisis que llevamos practicadas.

Para ello harémos presente al lector, que los ejemplos citados han sido verdaderamente elegidos entre los más fáciles y más abonados, primero, para darle una idea aproximada del crecimiento de las lenguas que se efectúa por apropiacion de los sonidos de la naturaleza, como el de los séres con quienes se las compara se efectúa á su vez por la apropiacion de las materias que reciben de la misma naturaleza; segundo, para que se habitúe á la idea, por nadie lanzada hasta la fecha, de que toda palabra sin excepcion ha sido en sus orígenes una onomatopeya; si por esta voz ha de entenderse, como de hecho se entiende, la imitacion ó reproduccion de un grito ó sonido cualquiera, que el hombre efectuó un dia con el propósito deliberado de hacer recordar á su compañero la sensacion recibida, y el objeto en que esta habia nacido, que es en realidad lo que constituye el fondo y la esencia de toda onomatopeya.

En efecto, es innegable que todo grito, siendo por su produccion fisiológico y nacido de sensaciones á que no puede sustraerse nuestro

organismo, lleva en sí mismo, y en su misma naturaleza, el carácter inconsciente é instintivo que es propio y peculiar á nuestras interjecciones, así como á los demás actos de nuestra vida fisiológica animal, al paso que la palabra hablada, siendo por su produccion psicológica y nacida siempre en una idea que se elabora en el alma racional é inteligente, lleva en sí misma y en su misma naturaleza el carácter consciente é intencional que es propio de todos los actos de nuestra voluntad y de nuestra conciencia.

Por consiguiente, ningun grito ha podido pasar del órden fisiológico en que ha nacido, al órden psicológico en que se produce la palabra, sin que haya sido reproducido por un movimiento espontáneo de nuestra alma, de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, y como esta reproduccion consciente y voluntaria constituye lo que llamamos la onomatopeya, resulta que todas las palabras, en sus orígenes, han sido tales porque todas sin excepcion han tenido que nacer en el grito. Luego en las innumerables voces que hoy posee la humanidad no hay una sola que en sus principios no haya sido una onomatopeya, y si bien se mira, se observará que aun las nuevas que se introducen diariamente en las lenguas, conservan su primitivo carácter, puesto que no pueden ser aceptadas, si no interpretan los sentimientos de los pueblos que las hablan, con la misma fidelidad con que las onomatopeyas interpretan las sensaciones de que los gritos son expresion.

Ahora bien; si despues de estas explicaciones cuya importancia es fácil apreciar, nos fijamos en la naturaleza del grito imitado, que unas veces es la interjeccion y otras un grito ó sonido extraño, repararémos con no menor facilidad, que la palabra humana se nos presenta dividida en dos grandes grupos que vienen á marcar en la vida del lenguaje dos periodos tambien distintos, pero semejantes en todo á otros que el naturalista nos señala en la vida de los séres organizados, de modo que si el paralelo que justamente se establece entre estos últimos y la palabra ha de ser admisible, es forzoso convenir con nosotros en que el lenguaje humano ha pasado: primero, por un período de vida interior ó embrionaria, durante el cual se ha sustentado de las interjecciones que son el grito propio, como los séres á quienes se le compara, se sustentan durante esta primera época, de la materia de sus progenitores, que es su propia materia. Segundo, por otro período de vida externa y de relacion, durante el cual la palabra humana se

nutre y alimenta de los sonidos que le suministra la naturaleza dentro de la cual vive, como los seres á quienes se la compara se nutren á su vez durante esta segunda época de las materias que tambien les suministra la naturaleza dentro de la cual viven. Quede, pues, sentado que la palabra humana, segun informan nuestras análisis, ha nacido en la interjeccion y se ha nutrido de la interjeccion, que es el grito propio durante su período embrionario, como el hombre, de quien aquella es fiel imágen, ha nacido en el padre y se ha nutrido en el seno de su madre de la carne de su carne y de la sangre de su sangre durante su período tambien embrionario; mas así como este último, una vez nacido á la vida, se nutre y alimenta de las materias que le suministra el mundo que le rodea, así tambien su palabra, una vez nacida, se nutre y alimenta á su vez de los sonidos que le suministra el mundo que tambien le rodea: son de ello ejemplo las voces arriba citadas.

Mas no podemos conformarnos con enunciar principios que no pueden ser por nadie rechazados y á los cuales han de ajustar su conducta cuantos quieran dedicarse con algún provecho á las investigaciones lingüísticas; nos es preciso, además, recabar de los filólogos la reparacion debida á los agravios que se han inferido á nuestros lingüistas Astarloa, Erro, etc., por sus análisis sobre el origen y valor de las letras, reconociendo al efecto la exactitud y verdad del siguiente enunciado, consecuencia de los principios arriba formulados. En efecto, segun lo expuesto, el *alfabeto humano* y lo que podemos llamar la trama y el tejido de la gramática y lengua primitiva, han de hallarse necesariamente formados de las interjecciones, como el organismo del recién nacido se halla á su vez formado de sus progenitores, y así como no hay ni puede haber en este último una sola fibra ni un solo átomo que ántes no haya estado en sus padres, así tambien no hay ni puede haber en aquella gramática y lengua primitivas una sola voz ni una sola característica que ántes no haya estado en las interjecciones.

Discurran lo que quieran los filólogos, siempre resultara que las letras del alfabeto son gritos humanos, y desde este momento, es preciso buscar sus orígenes juntamente con los autores citados, no en las onomatopeyas de la naturaleza, sino en las interjecciones del hombre, que son los progenitores de la palabra, como la onomatopeya es su alimento.

Mas no debe olvidarse que el que no se ha dado á sí mismo la

vida, no ha podido dársela á sus hijos, y que el hombre, como todo lo que es y vive, ha nacido en Dios, y su palabra tambien ha nacido en El, segun lo hemos demostrado en anteriores remitidos, y segun lo demostraremos al tratar de la vivificacion de las voces de que hoy nos hemos ocupado. De lo contrario, el paralelo entre la palabra y el sér de que se muestran con razon tan orgullosos los filólogos, sería el mayor de los absurdos.

Con este motivo tiene el mayor placer en saludarle su afmo. ami.^o

S. S. Q. S. M. B.
 JOSÉ DE GUIASOLA.

Nota.—*Su* (llama, luz), *zuri* (blanco), lo que esclarece el horizonte. Latin, *su-adeo* (persuadir), lo que esclarece la inteligencia. *Argi* (luz), lit. materia que hace la extension compónese de *ar*, (extenso, lo que hace la extension), y *gi* (materia ó cosa). *Argi-tu* (hacer luz, iluminar): latina *arguo*, *is*, *ire*, *ar-gu-tum* (argüir, iluminar, hacer luz en las cosas que se discuten. *Luze* (lo extenso), compónese de *l*, *le* (hacedor, dado á hacer, unido á), y de *uz* ó *utz* (espacio). *Luze*, lit., significa «hacedor del espacio» (extenso): latin *lux*, *ucis* (luz). *Ed-æ*, *ed-t-a* (cosa expuesta á la luz solar), es una simple modificacion de la raíz del sol y del dia *eg*, *ek*, de que nos ocupamos en otra ocasion. *Eder* (hermosura), lit. hacedor de la luz: *ede ki* (abrir á la luz), latin *edo*, *is*, *ere*, (abrir á la luz). *Eda-n* (beber, apagar la sed), hace relacion á la sensacion expansiva, vivificante, que sucede á la satisfaccion de aquella necesidad. *Edo*, *es*, (comer), *urratu* ó *purritu*, del sonido imitativo de la rotura *ra*, *urra*, latin *rumpo*. *Arra*, sonido imitativo de la rasgadura y del arrastre, ha dado origen en el bascuence á *arra-tu*, en el castellano arrastrar, como ha dado tambien al euskaro *arra-pa-tu* (echar la garra), y al *rapio* latino (robar), etc. *Mu*, sonido imitativo del que no habla, onomatopeya tomada de la primera voz articulada de la criatura, *ma*, *mu*, ha dado origen al *mutu* euskaro (mudo) y al latino *mu-tus* (id.) lit. hacer mu, por la partícula verbal *tu* que lleva. *Et*, la onomatopeya del silencio, ha dado origen mudada en *tus*, *tas*, al verbo *taceo* latino, etc.